

Es por esto, pienso, que en la narrativa de Gabriel García Márquez puede encontrar un director de teatro, u ordenador escénico, un caudal inagotable de propuestas poéticas teatrales con las que alimentar su imaginario. La narrativa de García Márquez se mueve en un campo de imágenes, palabras, acciones y hechos, que se instalan en la mente y provocan la puesta en marcha de un proceso creativo que conduce al encuentro emocional con el arte... Y esto estimula a cuantos pensamos que el teatro debe aspirar a volver a ser eso: un encuentro emocional con el arte de cuantos participan en el acto, y de todo aquél que sin perjuicios, y con la capacidad receptiva de su sensibilidad e imaginación, lo recibe y contempla.

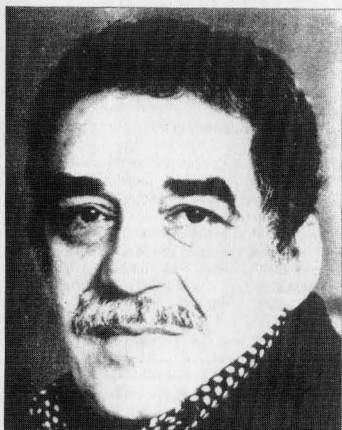
En *Crónica de una muerte anunciada*, de García Márquez —quizás, sin proponérselo, el autor literario ideal para un futuro teatro que pueda inscribirse dentro del marco de las artes contemporáneas—,

no existe exposición, nudo y desenlace; factores que caracterizan, limitando la creatividad escénica, a la mayoría de las estructuras dramáticas textuales. El protagonista está muerto antes de empezar la tragedia. No hay la posibilidad de canalizar la trama escénica, apoyándose en la dosificada emoción del argumento. Y este es el desafío que me apasiona. En el campo de la literatura, García Márquez lo resolvió con la maestría genial que imprime a sus relatos. En la parcela del teatro quizás, también, podamos conseguirlo aun sin poseer el don de la genialidad: implorando a las musas que habitan escondidas en la imaginación, en ese área de la actividad creadora, donde se han refugiado, asustadas de tanta agresividad y formalismos.

El espectáculo, música, palabras, llantos, actitudes trágicas, belleza interna de los personajes, etc., etc., no se sitúa ni allá, ni acá, en el corazón mismo de la sensibilidad e

intenta formalizarse envuelto en la emoción del circo, la magnitud de la ópera y la profundidad filosófica de las tragedias griegas. Y, entre las muchas aspiraciones estéticas que contiene, sugiere la necesidad de buscar, por todas las vías, volviendo al sendero que pisaban Esquilo, Sófocles y Eurípides, el camino del arte como elemento fundamental de la comunicación teatral; y también, por qué no decirlo, descubre, con evidencia, mi culto obsesivo a los resultados escénicos imprevisibles y al sublime estado del espíritu que conlleva el riesgo; aunque en esta ocasión el riesgo se extiende a aspirar a mostrar, lejos de las mascaradas pseudo-realistas, y por vía del universo cultural de comunicación que nos aferra a nuestra tierra, Andalucía, las afinidades que nos unen, en las actitudes ante la vida, la muerte, el honor y la religión, a los hombres de la Europa del Sur con los hombres del Sur de América».

GARCÍA MÁRQUEZ: «Una historia real, minuto a minuto»



«Ha sido la hora y veinticinco más corta de mi vida. Pensé que había durado siete minutos que fue lo que me alcanzaron los pulmones para volver a respirar.

No he dejado de pensar un solo momento en la realidad, en el personaje, en el amigo, y te digo una cosa: no me sucedió jamás escribiendo. Entonces, yo logré desvincularlo completamente del personaje original. Hoy no pude, lo estaba viendo, estaba ahí.

La historia es absolutamente real, minuto a minuto. Está traspuesta poéticamente, por supuesto, es decir, literariamente, pero el drama es más exacto. Yo nunca había tenido esa sensación mientras escribía, y hoy la tuve en todo momento».

(Palabras de Gabriel García Márquez a Salvador Távora al término del estreno del espectáculo en México el 17 de agosto de 1990, recogidas por la periodista Alegría Martínez, y publicadas en el diario UNO MÁS UNO de México D.F. el 19 de agosto de 1990).